

III. El tejido despótico [2001]*

Es una gran responsabilidad para quien diserte en este hemiciclo del Congreso en esta hora histórica de extraordinaria gravedad. Hace solo unas semanas, ya apuntaba en el horizonte una recesión económica en los Estados Unidos, y los conflictos llamados de baja intensidad no disminuían —como el del territorio palestino— mientras el fenómeno de la globalización venía generando protestas al acrecentar todos estos años las desigualdades sociales entre naciones y clases sociales. Este sombrío panorama se agrava ahora, con lo que todos hemos visto, el Apocalipsis en directo, en New York. Todo esto ocurre cuando en Perú un nuevo gobierno da sus primeros pasos, el país está recesado y las demandas populares desentendidas desde hace decenios, y los ciudadanos pierden la paciencia. Indico estas generalidades. Son de rigor. Conforman el contexto nacional e internacional de esta conferencia en el hemiciclo del Congreso del Perú. Un contexto mundial, pues que a todos nos concierne, dramático y ensombrecido por el crimen contra la humanidad, y no solo contra

* Discurso en el Congreso de la República del Perú, sala Raúl Porras Barrenechea, 11 de setiembre del 2001.

el pueblo norteamericano, ocurrido en estos días en Nueva York. Y un clima interno nada calmo.

Expreso, pues, mi perplejidad inicial ante la tarea que me encomendaron. ¿Cómo hacer abstracción del ataque a los Estados Unidos? ¿Cómo dejar de pensar en la guerra que va a seguir, corta o larga, y en sus consecuencias, diversas, temibles, imprevisibles? ¿Cómo, por otra parte, dejar de cumplir con el encargo que me ha confiado el Congreso, a saber, tratar del tema de la corrupción y sus orígenes históricos en eso que yo llamo, a mis riesgos y peligros “el tejido despótico”?

Es por todo esto que les propongo el presente orden de exposición en tres partes. En la primera, trataré de la reciente corrupción, aunque de manera sumaria. Luego expondré la tesis del tejido despótico, es decir, las raíces históricas del mal peruano. En la segunda parte, siempre de una manera sucinta, responderé a una cuestión que muchos no se atreven a enunciar, pero que me parece capital: ¿estamos o no preparados para la democracia? Me anticipo a decir, para evitar todo malentendido, que argumentaré recordando que ninguna sociedad humana está preparada a la democracia porque siempre esta fue, en todos los casos históricos, europeos y no europeos, una ruptura dolorosa con una tradición hostil, por definición, a la libertad de los individuos. Toda civilización se construye contra su propia barbarie. Cada nación moderna venció su herencia despótica. La democracia nunca fue un regalo, siempre costó sangre, sudor y lágrimas.

En la tercera parte y final, me permitiré unas reflexiones sobre el panorama actual después de los estremecedores hechos sangrientos de Nueva York y el ataque probablemente venido de algún cerril particularismo. Diré algo sobre esa aldea mundial que creíamos global y resulta todavía, bastante tribal.

El intitulado de esta conferencia dice cultura y dice corrupción. No nos estamos refiriendo al concepto noble de cultura como creación, y menos a la relación entre grandes artistas y criminalidad. Si fuera así,

trataríamos del Renacimiento donde un Benvenuto Cellini era un hombre que se alquilaba para dar una puñalada en alguna oscura esquina de la ciudad de Florencia y a la vez era el más grande orfebre de su tiempo, acaso, de todos los tiempos. Por el contrario, usamos cultura en su sentido más modesto, pero más extenso, como se entiende en antropología y en historia de la cultura, dentro de una formulación conceptual que permita abordar las costumbres, comportamientos, creencias, mentalidades y configuraciones sociales de un pueblo o un grupo social dado.

¿Quiere esto decir que hay una relación entre la corrupción del decenio pasado y nuestras maneras más corrientes de comportarnos? Por desgracia, sostengo que sí la hay. Hace poco publiqué un libro, "El mal peruano". En él sostenía que el mal peruano es el abuso del poder, la plata fácil, la falta de escrúpulos y la espera por parte de los culpables, de la impunidad. El libro trataba de Fujimori y de Montesinos pero no sólo de ellos. Trataba de una cultura de la criminalidad enraizada en la propia cultura criolla y nacional. En suma, me atreví a decir en ese ensayo y en diversos artículos en diarios, que cabe pensar ante el tema de la corrupción una suerte de doble responsabilidad. De un lado, una directa, penal, y buena parte de los culpables en efecto están entre rejas. Pero existe otra responsabilidad que es difusa, colectiva, y de la que se prefiere no hablar. Acaso para eso me han invitado a venir a este hemiciclo. Para ampliar el tema de un fujimorismo social que no ha desaparecido.

Sobre la corrupción, en su sentido estricto, personal, quién delinquirió, cómo, por cuánto, todos estamos enterados, todos hemos visto los videos de la infamia, los mismos que son estudiados por comisiones de representantes, por jueces y fiscales, por expertos. Todo esto es de dominio público, la lista de los detenidos en San Jorge, la extensa nómina de presos, gente de lo más graneada, ex-generales y altos oficiales, ex ministros, jueces, altos funcionarios, hombres de

negocios, una vergüenza, pero una vergüenza necesaria. Cada día trae consigo nuevas sorpresas, añade nuevos inculpados, nuevos escándalos. La trama delincinencial resulta que es extensa, que es ramificada al extremo. No es una sino muchas investigaciones las que están en curso. Por mi parte creo como muchos, que no todo el tejido de la mafia se ha hecho visible, pero también creo que lo que ya ha sido sacado a luz y a la vindicta pública es importante. El Perú se está dando el lujo, en medio del asombro de sus vecinos latinoamericanos y acaso de la ignorancia de lo que realmente pasa aquí en el resto del mundo, se está dando el lujo repito, de una revolución pacífica y legal, que comenzó con la oposición del foro democrático al fujimorismo, los lavados de bandera y la reacción de la sociedad civil, seguida de la marcha de los Suyos. Una revolución de justicia y sin sangre que se continúa cada vez que algún malvado va preso, uno de esos que cometió la infamia de robarle a un pueblo pobre y trabajador como el peruano, que sólo espera capital y ayuda privada o pública para montar una pequeña empresa y ponerse a trabajar. ¿Cómo se puede robar a los pobres? Y eso es lo que han hecho. Imperdonable.

Todo esto es público y conocido, y evita mayores abundamientos. Pero lo que no parece claro es el tema de la corrupción ya no directa sino lata, difusa, el tema de la culpabilidad colectiva. Tengo la impresión de que se tiene actitudes muy contradictorias, casi antagónicas, y por mi parte digo que me dejan perplejo. Ciertamente, hay un claro rechazo a la corrupción. Hace unas horas, en un programa de televisión, se leyó los resultados de una encuesta de opinión, tan contundente, tan aplastante, que deja poco lugar a dudas. Se había consultado a un universo humano compuesto por adolescentes entre 12 y 17 años. El primer problema del Perú para estos jóvenes es el robo por parte de políticos y gobernantes, la falta de valores, la impunidad, de lejos mucho más que el tema del empleo y de la pobreza que obviamente les preocupa. Esta encuesta la propala César Hildebrandt

en su programa, César, es decir, un gigante del periodismo crítico, un monumento del arrojo cívico; de repente estará sorprendido por este elogio, pero él viene de mi íntima convicción. Volviendo a lo que resiente a los jóvenes, ellos acaso coinciden con una gran mayoría de ciudadanos. La prueba son los resultados electorales que han arrinconado a los representantes del régimen difunto. ¿Pero, cuánto de esta toma de conciencia política se transfiere a la conducta diaria, a los comportamientos cotidianos? Hace poco estuve en varios pueblos jóvenes, para conversar, escuchar. Un porcentaje apreciable de pobladores me parece que se mueve en una dimensión política que podríamos llamar, para ir rápido, populista-fujimorista. Es decir, hay un compás de espera ante el retorno de la normalidad democrática, pero están predispuestos a articularse de nuevo a un sistema autoritario a condición que sea eficaz. Ya han pasado decenios de la gran migración andina. Del tiempo en que el migrante traía consigo unos valores puritanos, fundados en el ahorro, el esfuerzo propio, cierto ascetismo de vida, como lo señala en su hora la antropología. (Norma Adams, Jürgen Golte). Hoy son los hijos y los nietos de esos andinos, nacidos en torno de Lima, asimilados en parte a una cultura urbana, y que han visto el robo a escala de quienes debieron dar el buen ejemplo, los políticos. No es muy alentador lo que estoy diciendo, pero hay que decirlo. Creo que todavía siguen vigentes las observaciones de Yusuke Murakami acerca de "la democracia según C y D, un estudio de la conciencia y el comportamiento político de los sectores populares de Lima" (IEP, abril del 2000). La relación con el Estado y con los partidos políticos no es de lealtad. Es un toma y daca. Las masas, en efecto, piensan, aunque no creamos que lo hacen. Se determinan por el gasto social que a ellos llega, y los servicios básicos, y los derechos de propiedad. Es una actitud que se llamó "pragmatismo" y vamos a denominarlo, para no incurrir en fujimorismo, simplemente una actitud realista. Es así como el profesor Tanaka advierte que estos pobladores ya han crecido en un

ambiente donde han habido algunas mejoras, “desde cine, comercio y discotecas. En un espacio público de proximidad”. Todo esto y otros estudios (como el del joven Juan Carlos Vela Altamirano sobre la transgresión informal) revelan una gran ambigüedad de valores. Una mentalidad paradójica. Hay paradoja cuando hay contrasentido. Así, de un lado, gran parte de la opinión pública condena la corrupción fujimorista-montesinista. Pero esa misma opinión no ha abandonado la disposición mental, ética y política que llevó desde la “la democracia por delegación” del decenio pasado al desinterés ciudadano, en cuyo vacío se instaló la mafia. El tema es hondo. No lo voy a agotar aquí, apenas lo desbrozo. ¿Cómo puede hacerse compatible el interés por la autonomía empresarial y una cierta pasividad ciudadana? Parece imposible pero ambos comportamientos son posibles en jóvenes posclasistas como los ha estudiado Rafael Tapia (ILDES-Venezuela, 1995). Hay sin duda un trabajo inmenso de articulación política por hacer. Para que el individualismo y el pragmatismo, que de por sí no son desvalores, se vinculen a la lucha constante por llegar al Estado de derecho.

¿Qué es el tejido despótico? ¿A qué estado de cosas, a que aspecto de nuestra historia aludo con esta noción? El tejido despótico es ostensiblemente, una metáfora. Reúne lo que el sentido común separa. Un tejido es vida, es algo útil cuando es tramado o producto textil. Lo despótico es una categoría del poder. ¿Por que juntarlos?

Al decir tejido aludo a una sociedad. En el presente caso, a la peruana histórica, desde el XVI a nuestros días. No atribuyo a la conquista y colonia esa herencia, sino que señalo que ciertos aspectos de la herencia andina también la permiten. Pero insisto, es una noción para pensar lo social, lo colectivo, su trama y sus reglas secretas o por lo menos, no visibles a simple vista. Lo despótico, ya más tarde, a nuestro cercano ayer histórico, apunta a la organización del Estado o del poder, es decir, al virrey, al presidencialismo republicano. Pero

en el orden de las relevancias, le doy importancia al primado de cómo es la sociedad peruana, y no solamente a la manera como es gobernada. El tejido despótico entonces, es término metapolítico, alegoría de una forma de sociedad es la que instala una forma de poder. Y viene a decir estas tres cosas.

- a) La historia del Perú, a pesar de sus acontecimientos, del vaivén de gobiernos y tendencias, registra una regla de fondo: el arreglo o acomodamiento de grupos de poder a las crisis y a los cambios. Así, nuestra historia ignora los tajos, las rupturas brutales. Los poderosos logran una identificación mimética con las novedades, y en consecuencia, terminan si no por anularlas, en parte por amortiguarlas. Tenemos independencias a medias, dictaduras a medias, dictablandas..
- b) El concepto de tejido despótico es un concepto operatorio desde el siglo XVI al XX, acaso el equivalente para las sociedades de la modernidad occidental de lo que es el concepto de sociedad civil. Acaso ahora está naciendo una sociedad civil moderna, junto con individuos que se sienten distantes del Estado y de los partidos, una sociedad civil que ha combatido hace poco en la calle. Pero no es eso lo que explica la inercia social de cuatro siglos. En cambio sí la explica el tejido despótico.
- c) Este tejido despótico es uno y varios. Después de la conquista, de la extinción del Estado inca, el ropaje comunitario indio no desapareció y protegió a los neoyndios en un marco de vida colonial. Los preservó y los aisló. Conquista y colonización española y criolla, añadieron sus propias redes institucionales, religiosas y mentales. "Este doble tramado que ahoga y cubre, preserva e impide, es el Perú" (El mal peruano, p. 99).

Estoy diciendo pues que el absolutismo de los reyes de la dinastía Austria, a través de sus altos representantes o virreyes, creó un

orden centralizado, una burocracia política con funcionarios, letrados, gobernadores, corregidores, pero ese poder absolutista no gobernó en solitario, se apoyó en los "curacas" locales, mandones de proximidad, en los alcaldes mayores de pueblos, todos los cuales, a su vez, gozaron de privilegios. El centralismo incaico favoreció el centralismo austríaco. Además, el aparato del Estado español en Indias sustituye una ortodoxia religiosa, la de los antiguos cultos andinos, por otra ortodoxia, la católica-romana. Esa maquinaria religiosa-burocrática fue eficaz, duró tres siglos. Fue eficaz no por que usó solamente la fuerza sino que la apoyaron párrocos, alcaldes mayores indios. Cada comunidad india fue observada, encuadrada, administrada. Las misiones religiosas jugaron un papel. Todo eso lo sabemos, o creemos saberlo. Pero nos resistimos a sacar las conclusiones necesarias.

- La primera de ella es que los peruanos vivieron durante siglos dentro de una sociedad jerárquica y diferenciada, una curiosa sociedad indo-española - criolla - negra dentro de un concepto desigualitario. El problema radica en que en Europa, por un proceso histórico opuesto y completamente distinto, la tendencia fue a establecer sociedades de orden y de ley, incluso dentro del orden monárquico. Esa tendencia fue débil o efímera en la América española, donde nunca la administración logró dominar a los anárquicos señores criollos.
- La segunda consecuencia es que el tejido despótico era en el momento de la independencia lo suficientemente poderoso como para resistir el cambio político y el pasaje a la República. ¿Qué era ese Perú, en efecto, que se independizaba? No era una pizarra en blanco, era ya el resultado de una larga historia, de un complejo tejido de grupos, culturas y tradiciones, un conglomerado de gentes diversas. Y en el orden social, una sociedad jerárquica manejada no por una nobleza colonial como creyeron ingenuamente los padres de la patria, los libertadores, sino por

una serie de grandes casonas familiares, los Salazar, los Carrillo, los Tagle. Con esta característica: eran iguales y a la vez rivales entre sí. Cada clan familiar se organizaba de arriba a abajo de manera vertical, con sus aliados de clases inferiores, incluyendo los caciques indios y las comunidades andinas que proveían de mano de obra. Una sociedad profundamente desigualitaria, ahí está la tesis francesa de la profesora Marie Danielle Demélas, para probarlo (La invención política, por publicarse en castellano).

- Venimos, finalmente, de un tipo de sociedad en que la ley escrita o codificada no cuenta, cuentan el apoyo, las relaciones, y sobre todo, el peso del grupo. De sociedades coloniales y andinas, de enfrentamiento y transacción, de constante negociación informal. De sistemas holísticos, quiero con ello decir que cuenta lo global, lo general, o el grupo, más claramente, que el peruano sea indio, cholo o blanco, no vive sin comunidad, sin amigos, sin vínculos, sin referentes ni red que lo apoye y a la vez lo “extradetermine” (el concepto es de Rogelio Castoriadis). Sin esos lazos o vínculos, está como perdido, o no existe. Esto explica en gran parte nuestra sociabilidad. Pero esto también explica lo poco, o poquísimo que cuenta la norma y el reglamento, el “nomos” de los griegos igualitarios, que en principio es algo que hace a todos iguales, o sea, un nomos o ley por encima de la pertenencia a un clan familiar, a lazos de consanguinidad o vecindad. Eso es impensable en Perú, hasta el día de hoy.

Ahora bien, la República adoptó la forma vigente en la jurisprudencia naciente con la Ilustración y las revoluciones modernas, es decir, no una forma desigualitaria sino igualitaria, la de la ley que es la misma para todos. Sin que, naturalmente, los grupos criollos que la adoptaron creyeran en ella. La República adoptó un siglo más tarde

la democracia de masas, desde 1931. Es decir, un sistema que requiere de una lógica que no tenemos. En efecto, la democracia necesita de ciudadanos, es más, de individuos libres y autónomos. Pero eso, la revolución del individuo a que se refiere Marcel Gauchet, estuvo vinculada a la "revolución de los Derechos del Hombre".

Es decir, recién la intentamos dos siglos más tarde. Nuestro camino va a contrapelo de ese modelo clásico. Hemos tenido Estado antes que nación, nación antes que representación política popular. Todo al revés. Régimen representativo antes que los representados sean iguales y respetados. República sin republicanos. Democracia sin gente con talante democrático. ¿Qué es el talante democrático? Una actitud de libertad y orden a la vez, de respeto por el adversario, que no es el otro, el desconocido, sino llanamente el rival. La igualdad de derechos y la organización ejemplar del poder se han demorado, se demoran, menos por razones visibles, institucionales y políticas, y más por el fondo social, el sustrato premoderno de las costumbres peruanas. Al parecer inocentes, esas costumbres no lo son. Lentamente, bajo cada régimen, ora dictatorial, ora de democracia representativa, la lógica social se las arregla para que los privilegios no se anulen; a lo más, se oculten.

La noción de tejido despótico es un concepto socio-histórico experimental. Es casi un programa de investigación. No surgió de la noche a la mañana. Voy a hablar rápidamente de mi propia búsqueda, de los trabajos que lo precedieron. Son dos. En los años ochenta, un estudio sobre la anomia. En los noventa, varios capítulos sobre Sendero Luminoso y el primer gobierno de Alberto Fujimori (en "Hacia la Tercera Mitad"). Anomia es concepto corriente entre nosotros los sociólogos. En su sentido más restringido, como lo usa uno de los padres fundadores, Emile Durkheim, quiere decir crisis personal, ausencia de normas, ruptura de la cohesión social. A mediados de los ochenta, vine a aplicarla a fenómenos más vastos, a formas crónicas y colectivas, como el debilitamiento generalizado de las reglamentaciones y el aumento de

las formas delincuenciales. Me sorprendió, en otras palabras, cómo se autoorganizaban no solo los vendedores informales, sino lo delictivo, el aumento de plagios y secuestros, de prostitución, de delitos comunes, de los abortos clandestinos, de todos esos fenómenos de la “nueva delincuencia” y el fruto de esa primera indagación fue a parar a un artículo en la revista “Socialismo y participación” (1983). La verdad, fue discutido, lo cual siempre es bueno, pero no se me entendió. Hablar de ese otro rostro de lo popular, antes que Rodríguez Rabanal probase que lo informal también producía “cicatrices de la pobreza”, venía a traspelo de la tendencia por entonces creciente del movimiento popular y de la izquierda. Mi preocupación por el vasto campo del desorden parecía a algunos anecdótica o poco importante. Por desgracia no lo era. Unos años más tarde todos íbamos a comprender que Sendero Luminoso, entre otras causas de su aparición, vino a intentar poner orden (un orden tiránico, sin duda) en las comunidades de altura, combatiendo los abigeos, a los agiotistas, castigando a los adúlteros. Como lo señalara Iván Degregori, entre otros, el líder senderista actuaba como “un nuevo terrateniente bueno, más justo pero no necesariamente democrático”.

Sendero fue una expresión voluntarista de la anomia: sembrar el caos para cosechar sus frutos. El fujimorismo fue la anomia del poder, encontró el país desarticulado y edificó un sistema de clientelismo a gran escala que cubría el saqueo a gran escala de la poca riqueza nacional. Entre tanto, y como lo señalan tanto Martín Tanaka como Iván Degregori, el fujimorismo se construyó políticamente a partir de una serie de apoyos, de arriba y de abajo. De lo último, el apoyo de los congos, el conformismo provinciano, los 1600 alcaldes que vinieron a Lima a llorarle a Fujimori para que no dejase de presentarse. La reestructuración de los sectores populares cuya crisis había comenzado a fines de los ochenta, le permitió esa política de la “media política” como la llama Martín Tanaka. Ciertamente, se usó el Fondo Nacional de Compensación y

Desarrollo Social, para una política de clientelismo, pero no fue solo eso. El fujimorismo fue un movimiento de conservadurismo social, con plena conciencia de que se gobernaba despóticamente. Acaso lo que se ignoraba era la magnitud del lucro desde el aparato del Estado. La otra forma suprema de la anomia es la máquina de Montesinos. Fue la forma más intensa, más perversa, mejor montada de toda nuestra historia política en la que los robos desde arriba no han escaseado. Lo que me asombró y sigue asombrando, es cómo se dejaron corromper las elites. Acaso eso constituye el verdadero escándalo. La falta de moral de quienes no pasan apuros. El problema de una democracia sin demócratas, la que implica ciertos criterios, una ética del comportamiento individual. Eso que Max Weber llamaba la ética del capitalismo y mis abuelas, simplemente, la decencia.

Es tiempo de abordar el tema de la democracia, y lo haré desde el individuo y el ciudadano, por todo lo dicho anteriormente. De manera formal y escolar, cuando se reflexiona sobre la democracia se invoca su nacimiento, un modelo heredado de la doble revolución americana y francesa. Y de sus principios de base, el principio de elección y el gobierno representativo. Y se concluye con que la democracia en los tiempos modernos es indirecta, planteándose el problema de la representatividad. Pero yo les propongo otra forma de abordar la relación entre ciudadanos e instituciones. La siguiente: la democracia es el régimen que protege a los ciudadanos. Y el individuo es entonces el valor absoluto.

La modernidad política comienza con la invención del ciudadano, insisto. Finalmente, 1789, de donde todos somos herederos, sin cuya revolución no hay nuestros libertadores, fue una trasposición a su vez de Atenas y de Roma. En Grecia, en donde se inventaron tantas cosas, la ciudad autogobernada, la lógica y la razón, se inventó el ciudadano. En los reinos y estados rivales, solo había súbditos. Grecia es la madre del mundo moderno y los primeros jacobinos franceses se ponían el

gorro frigio. Pronto se dieron cuenta que no podían gobernarse como en la ciudad de Atenas, no eran 40 mil ciudadanos a los que había que dar sitio sino a 40 millones de franceses, por entonces, el país más poblado de Europa. Y entonces, desenterraron las ideas de Rousseau, la idea de que dos supuestos individuos —una ficción fundadora del mundo actual— no tienen más remedio que llegar a un acuerdo, y eso se llama “el contrato social”. El ciudadano que es fuente de soberanía, que junto a otros constituye la nación, delega su poder. Todo el sistema democrático hasta nuestros días, sea cual fuese su variante nacional, es a la vez, contratalista y delegativo. Esto no significa que esté terminado. Ni que sea fácil. Lo que ocurre es que como dice el profesor Sartori, la democracia es un régimen difícil, porque necesita de la inteligencia y la mentalidad lógica de los ciudadanos, llama a un cálculo de posibilidades reales, al sentido común, a la cordura.

Creo que ha llegado el momento de abordar la última cuestión formulada en el inicio de esta conferencia. ¿Somos aptos para la democracia? Lo digo por que sobre el tema me han escrito, con mucha sinceridad, debo advertirlo, más de una persona. Como saben, sostengo una columna en el diario “La República” cada sábado, por eso llamada “sabatina” y abajo de mi escrito, el mail. Una de esas cartas dice “el Perú no está hecho para un régimen democrático”. La argumentación es muy significativa, consiste en decir lo siguiente: “Nuestra sociedad tiene un origen multicultural”. Tras de nosotros están “los desarrollos históricos dentro de formas de estados avanzados propios”. Se refiere “a los imperios Wari, Tiawanaco, Inca”. Del presente, señala, “el Estado actual tiene fuertes dosis de externalidad, sin desmerecer sus aportes”. Y concluye con clara franqueza, la amiga que me escribe y cuyo nombre callo, “vivimos una contradicción permanente entre nuestro inconsciente histórico y lo que debemos hacer como miembros de una sociedad moderna. Una permanente contradicción neurótica”.

Mi respuesta es sencilla. Si cada nación contemporánea in-

vocara su pasado histórico, no habría democracia en ningún lugar de la tierra. Italia podría prescindir de partidos y elecciones pues en sus antecedentes está Roma, la mayor formación esclavista de todos los tiempos. Los franceses podrían invocar sus guerras de religión, se despedazaban. Inglaterra no siempre fue la serena nación de estos días, su historia es paradójal, inventaron el parlamentarismo a través de sangrientos conflictos. ¿Quién no proviene de un pasado bárbaro? ¿Japón? Hasta 1868 era país de feudales violentos. ¿España? Hasta la Transición, no conoció la paz civil. ¿Suiza? Tan pacifista en estos tiempos, antaño proveedora de mercenarios —la guardia suiza en el Vaticano— empujados por el hambre.

Ahora bien, en ese artículo del diario La República que ahora glosó, sostuve, “la argumentación historicista es equívoca. En el mundo de hoy, los regímenes que se resisten a la revolución planetaria de los derechos humanos, invocan algún particularismo: identidad del Islam, valores asiáticos. La impostura culturalista incuba la prolongación del despotismo”. Me estaba anticipando, sin saberlo, al ataque de los fundamentalistas islámicos a las torres de Nueva York. Acaso es mi propensión al profetismo del que ha hablado, en la presentación, mi amigo de toda la vida y editor Moisés Lemlij.

Iré hoy más lejos: para llegar a la situación de democracia, cada nación y pueblo tiene que enfrentar su propia forma autóctona de arbitrariedad. Y enterrar parte de su tradición. Cada construcción democrática es siempre una ruptura. Y en nuestro caso, nada en nuestro pasado la garantiza. Ni el Virrey, ni el Caudillo, ni el Presidencialismo ladrón. Lo que siempre funcionó es su contrario, la sociedad jerárquica. Toda democracia es una “externalidad”, como algunos dicen. También lo fue para los europeos, la adoptaron de la antigüedad griega. No hay sociedad destinada al despotismo para siempre. En cuanto a la tensión que percibe (mi secreta corresponsal) es real. Pero lo que ella llama “neurosis”, me parece que es lo que llama el filósofo Hans Jonas la “ética

de la responsabilidad” que recae sobre los ciudadanos. Claro, más fácil resulta confiarse en un dictador plebiscitado, la “delegación” que señala Carmen Rosa Balbi en el caso de Fujimori, y ya se sabe cómo acaba. Con un anarco-poder mafioso de nuevos señores, vinculados a los de siempre, en el salón oval, no de la Casa Blanca sino del Pentagonito.

* * *

Quisiera concluir con unas reflexiones sobre lo que ocurre en el mundo actual. Algo ha pasado. Algo comienza en Nueva York. Creo que es el fin de una cierta globalización. De un dejar correr los conflictos militares de menor alcance, hasta que uno de ellos se les ha colado en pleno centro financiero, en Manhattan. Es terrible, es una señal. Ciertos valores del mundo moderno nos pueden parecer fundamentales, son sin duda los mismos, los de ustedes y los míos, el valor de la tolerancia, es decir, el reconocimiento del otro, de su libertad. Del valor del individuo. Pero no todos reconocen esos elementos de organización social como valores. El Islam por ejemplo, no ha hecho la transición del saber tradicional a la verdad objetiva. No ha separado el poder temporal y el espiritual. Es así como lo que ocurre en Nueva York significa muchas cosas. Los particularismos existen, las creencias, las religiones, hay sociedades que no han conocido la secularización, que están lejos de la sociedad laica, donde nunca la razón religiosa se ha visto enfrentada por la crítica. ¿Qué hacer entonces? Yo no creo en sólo una solución militar, aunque de inmediato el pueblo americano tiene el derecho a defenderse y responder. Creo que se abre también una estrategia no mediata. Un prolongado período de diplomacia y política internacional. La solución no es solo la guerra de los Estados Unidos contra un enemigo sin rostro. Es otro orden internacional. Es la extensión de una democracia planetaria. De nuevo acuerdos entre norte y sur sobre redistribución de riqueza. Sobre contaminación ambiental. Es tiempo que las potencias privilegiadas asuman su papel,

y que aparezcan nuevos órganos reguladores. Creo que el impacto económico y moral de esos hechos nos llevará a profundas revisiones. La extensión del neoliberalismo a escala no ha creado sociedades pacíficas, al contrario. Pensábamos que todo estaba consumado, que los rusos y los chinos no eran sino americanos un poco pobres y en vías de enriquecimiento mafioso. Que la aparición de fenómenos religiosos regresivos no nos iban a afectar. Casi ha habido la tentación entre nosotros, recuerdo los discursos de alguno de los ministros de Fujimori, para refugiarnos en los valores sagrados de la tradición; ahí están los resultados, los talibanes. Tenemos todos que acostumbrarnos al que es distinto de uno. No asimilarlo, soportarlo. Caminar hacia una ciudadanía afianzada (nacional) pero también a una ciudadanía universal. A que individuos y culturas sea reconocidos en lo que son diferentes entre sí. Y a la adquisición de lo que llamaba John Rawls, los bienes básicos, como la libertad, pero también a morigerar la desigualdad inherente a la sociedad moderna por mecanismos de justicia y de equidad, sin que lo uno anule a lo otro. Es posible la libertad y la equidad, aunque eso no lo haya obtenido del todo ningún sistema ni nación. No hay que desesperar. ¿No ha dicho Marx que la verdadera historia no ha comenzado, cuando los hombres sean libres de la necesidad? El tiempo que vivimos acaso no es sino la prehistoria de otro que será el verdaderamente humano. Eso es sin duda una utopía, pero será mejor pensar en ello, aunque no lleguemos a verla en lo personal, que el retorno a una edad media de guerras tribales con armas totales o de hegemonías prepotentes. El tema de la tolerancia y la mundialidad como admisión de un politeísmo de valores, es el gran tema de estos días, dentro de casa y por el convulso mundo. Y no contamos para resolver tales retos sino con nuestra endeble razón humana, pero al menos con ella podemos enmendar nuestros múltiples errores. La sabiduría comienza por la conciencia de la magnitud de nuestra propia ignorancia. Y con la colosal tarea por delante, materia no de una sino